

**Ensayos quijotescos en el albor de la España del siglo XX:  
Maeztu literario, Ledesma político**

Macarena Cuiñas Gómez  
(Universidad de Vigo)

Este trabajo pertenece a ese amplio ámbito del estudio de la literatura que abarca crítica literaria e ideología política. En este caso, ambas disciplinas se unen en la interpretación del *Quijote* cervantino, y de la mano de dos fuertes personalidades de principios del siglo XX español: Ramiro de Maeztu (1874-1936) y Ramiro Ledesma Ramos (1905-1936). El destino hizo que murieran juntos, fusilados, en el cementerio de Aravaca (Madrid) la noche del 29 al 30 de octubre de 1936. Tras un tiempo en la cárcel de la capital, en la que testigos, como el padre Villares, cuentan que mantenían prolongadas conversaciones en el patio, estos dos hombres se enfrentaron con entereza a su destino fatal desde presupuestos ideológicos y humanos diferentes.

Si Maeztu decía de sí “Yo soy sólo periodista” (Aguirre 14) y su temperamento e ideología se encuadraba en el tradicionalismo y el catolicismo; Ledesma era un político puro, una de las mentes que exportaron las ideas del *fascio* italiano a España, y que creía más en el ser humano que en una fuerza superior a él. Ambos tomaron en consideración al *Quijote* y a su autor. Y pusieron sus reflexiones por escrito en sendos libros: *El Quijote y nuestro tiempo* de Ramiro Ledesma, publicado en 1924; y *Don Quijote, don Juan y la Celestina* de Ramiro de Maeztu, de 1926. El estudio que ambos realizaron, sus diferencias y semejanzas, es lo que trataré de desentrañar en este trabajo. Antes conviene contextualizar debidamente a cada uno de estos personajes.

Ramiro de Maeztu y Whitney fue uno de los integrantes más destacados del grupo del 98, que no generación, como hoy por hoy lo denomina la historia de la literatura española, y con cuya etiqueta parece que sus miembros no concordaban. Nacido en el año 1874, de padre vasco y madre inglesa, su profesión de periodista le llevó a Londres y Alemania. Fue, incluso, corresponsal durante la gran guerra y soldado en ella como oficial del ejército inglés. Hombre tradicional y católico, funda su pensamiento en la filosofía de Nietzsche, Kant, Croce, o Koenigsberg. Su valía le lleva a ser nombrado embajador español en Argentina en 1928. Cuando regresa a España en 1931, encuentra una gran agitación social y política, y como intelectual siempre preocupado por la regeneración de España, decide que es el momento de la acción. Así funda en diciembre de 1931 la revista *Acción española*, desde la que se van a propugnar la efectividad de los valores de la tradición y la doctrina españolista de su fundador. En sus páginas publicará Maeztu su libro *Defensa de la Hispanidad*, en el que difunde el mantenimiento de lo espiritual como fundamento individual y social de las naciones. Para Maeztu la patria es, ante todo, espíritu. Y por sus firmes convicciones lo mataron. Su entereza y fe le llevaron a decir en sus últimas horas: “Vosotros no sabéis por qué me matáis. Yo sí sé por qué muero: porque vuestros hijos sean mejores que vosotros” (Aguirre 72).

Ramiro Ledesma Ramos nace a principios del siglo XX, en 1905, momento de búsqueda en España inserto en una amplia crisis finisecular europea. En esta etapa destacan Maeztu y Unamuno en el debate reformista de España que se suscita entonces, como propulsores de la idea de una España más europeizante y un nuevo españolismo, puesto que se está comprobando el fracaso del regeneracionismo. Así estos intelectuales del grupo del 98 habrán de evolucionar hacia otras posturas como, por ejemplo, Miguel de Unamuno, figura que influye mucho en Ledesma, que deriva hacia el patriotismo y la

crítica del nacionalismo. En este momento toma el relevo el filósofo José Ortega y Gasset, que pretende actuar pedagógicamente sobre las masas, y que será el maestro de Ledesma Ramos y con el que colaborará en la *Revista de Occidente* (1923).

Ledesma Ramos trabajaba de funcionario en Correos al tiempo que terminaba su bachillerato. Con 18 años ya muestra una trayectoria literaria intensa, coherente con sus tareas políticas. Además de su colaboración en la revista orteguiana, Ledesma participa muy activamente en *La Gaceta literaria* que dirige Ernesto Giménez Caballero desde sus inicios en 1927. Ledesma creía en la superación de los esquemas de la etapa anterior y se sentía fascinado por la novedad de los movimientos del siglo XX, las vanguardias que llegaban de Europa. La estética es una gran fuerza en este momento, que la ideología fascista, que arrebató a Ledesma, sabe aprovechar muy bien para sí. La política es concebida como un espectáculo, a través del cual se puede obtener una fuerte intensidad emocional en las masas y así ejercer fascinación y atracción sobre ellas.

Para Ramiro Ledesma muy pronto está claro que su interés se encuentra en la parte política y no estética del fascismo, como respuesta innovadora a los problemas europeos, y se entregará totalmente a la dirección organizativa del movimiento. Esta corriente ideológica exalta la violencia y es partidaria de la necesidad de una revolución ante una civilización en peligro que se resquebraja. Ledesma busca apoyos para sus ideas entre los obreros de los sindicatos, como la CNT, lo que dará lugar al nacionalsindicalismo. Más adelante constituye las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), pero decide unirse a la Falange Española fundada por José Antonio Primo de Rivera, al no conseguir un órgano de expresión central en Madrid. Sin embargo, José Antonio sí había obtenido bastante éxito en muy poco tiempo. Esta unificación bajo el nombre de Falange Española de las JONS, se hará efectiva entre noviembre de 1933 y febrero de 1934. Pero con el tiempo, Ledesma ve que la Falange engulle aquello que él había creado. Seguía creyendo en un fascismo que incluyese el proletariado y el campesinado, y no comulgaba con la derecha elitista ni con la izquierda obrera marxista.

Cuando Ledesma publica su ensayo de ciento cincuenta y ocho páginas *El Quijote y nuestro tiempo* en 1924, tiene 19 años. Lo estructura en catorce capítulos precedidos de “Cosas preliminares”, “Algo de Metodología”, y “Sobre el Gran Libro”; y rematados por otra sección de “Cosas liminares”. De los catorce capítulos, cuatro son Diálogos que establece entre él mismo y Cervantes (II, IV, IX, XIV). Así los restantes apartados versan sobre: “I. La locura de don Quijote”, “III. La dicha de don Quijote”, “V. Don Quijote y un canónigo”, “VI. Los enemigos de Don Quijote”, “VII. Sansón Carrasco”, “VIII. La Cueva de Montesinos”, “X. La comparsa de la duquería”, “XI. Reivindicación de Cervantes”, “XII. Don Quijote, vencido”, y “XIII. La bondad de don Quijote”. En un primer acercamiento al análisis que Ledesma establece del *Quijote*, se observa que se centra en varios aspectos: su personaje principal, Don Quijote, y su caracterización; su autor, Cervantes; episodios concretos de la obra; personajes destacados de la misma; y a todo esto se ve cómo aplica su propia interpretación desde sus presupuestos filosóficos e ideológicos, hijos de su tiempo.

Ramiro de Maeztu que escribe su reflexión cervantina en 1926, en cincuenta y ocho páginas, y la titula “Don Quijote o el amor” dentro de su libro *Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Ensayos en simpatía*, la estructura en siete capítulos: “I. Fiestas y decadencia”, “II. Hamlet y Don Quijote”, “III. La vida de Cervantes”, “IV. La España de Cervantes”, “V. La concepción de don Quijote”, “VI. Los críticos del *Quijote*” y “VII. España y el *Quijote*”. Maeztu centra su análisis literario en la crítica cervantina, en la relación del *Quijote* con otras obras de la literatura universal, en la vida de su autor,

en el *Quijote* inmerso en su propio contexto, y en la relación de esta obra con España en el momento de finales del XIX y principios del siglo XX. El título ya es altamente revelador: liga el *Quijote* a un sentimiento.

En un primer acercamiento resultan evidentes las diferencias de planteamiento del que Maeztu y Ledesma parten a la hora de analizar el *Quijote*. El primero desde la literatura, la estética y el sentimiento. El segundo desde la ideología política y la razón.

Ledesma comenta en sus “Cosas preliminares” que su libro son reflexiones acerca del *Quijote*, “No es crítica, es *visión*” (Ledesma 15). Y aprovecha para denostar a la crítica literaria en el sentido de que esta se ha situado por encima de la obra, acumulando un exceso de análisis y pedantería erudita. Esto es símbolo de decadencia. Pero extrae Ledesma algo positivo de esta idea y es el hecho de que “La única simpatía que hemos de sentir por las generaciones decadentes es su ansia de cultura” (Ledesma 21). Él mismo se considera de esa juventud que tiene en el arma de la intelectualidad la posibilidad de mejorarse a sí y a su país. Ledesma afirma al final de este primer apartado de su libro:

Titulo este libro “El Quijote y nuestro tiempo”, y como yo no me he cuidado de enterarme qué ideas corren por ahí sobre el libro inmortal, resulta de aquí que ese “nuestro tiempo” no es una especie de síntesis de lo que piensan sobre el Quijote los ingenios de la época, sino las impresiones, reflexiones, ideas que su lectura le ha sugerido a un microcosmos que vive en nuestro tiempo. Por lo tanto, para más claridad, diré que si se pone el signo igual delante del título “El Quijote y nuestro tiempo”, mi pluma, nada más que la mía, añadiría: “El Quijote y yo”. (Ledesma 31-32)

Por lo tanto, con estas palabras define perfectamente que este libro que escribe son reflexiones personales acerca del *Quijote*, ajenas a la crítica cervantina, alejadas de ella incluso, puesto que ni siquiera las ha leído. Y producto de su pensamiento individual que se presenta como superior, por encima de los eruditos y estudiosos de la literatura. Se trata de “El Quijote y yo”, dice Ledesma. Frente a esta concepción analizaremos el ensayo de Maeztu en el que, evidentemente elabora sus propias reflexiones e interpretaciones, pero toma en cuenta el bagaje crítico e intelectual anterior a él referido al *Quijote*.

En el apartado titulado “Sobre el Gran Libro”, Ledesma hace referencia a la intención de Cervantes al escribir el *Quijote*: hacer un libro ameno, de entretenimiento, y satirizar los libros de caballerías. Se ciñe a lo que Cervantes afirmaba haber hecho en su obra. Pero también dice que en sus reflexiones, se ha centrado en las aventuras que don Quijote realizó por el campo del Espíritu, la vena seria del Gran Libro. Así decide suprimir a Dulcinea de la historia y sustituirla por lo que llama el “Gran Espíritu” al que el caballero se encomienda en sus andanzas; porque, dice, “La mujer resta seriedad y profundidad a nuestras reflexiones” (Ledesma 42). Y aleja Ledesma la figura de don Quijote de las ideas científicas y políticas afirmando “que nada tiene que ver en estas mezquindades de ruina de países o de posesión de tales o cuales colonias” (Ledesma 43). Comentarios que la crítica noventayochista empleó en su momento, mezclando los conceptos de la decadencia española y de la gran obra literaria cervantina. La fuerza del espíritu de don Quijote es lo que importa a Ledesma.

En este apartado previo a los capítulos de su libro, Ledesma desarrolla ciertos aspectos interesantes. El primero es esta insistencia en lo que llama el “Espíritu” y que se identifica con el ideal. Este concepto parece muy propio de la época. El mismo

Ramiro de Maeztu, y no sólo, creía firmemente que la patria era sobre todo espíritu. Así que ese ideal, esa fuerza, se convierte, en la interpretación cervantina de Ledesma, en la que mueve a don Quijote, esto es, Dulcinea, pero que él prefiere denominar el “Gran Espíritu” despreciando el valor de la mujer en el *Quijote*. Esta idea solamente se puede explicar en el marco de su ideología política, y responde a las manipulaciones de las interpretaciones literarias que se han hecho, se hacen y se harán en nombre de las creencias.<sup>1</sup> Maeztu en su análisis también se referirá a la importancia de Dulcinea y afirmará que don Quijote seguiría siendo él mismo sin ella, pero que ella y, sobre todo, el sentimiento que el caballero le profesa, son importantes en su vida, por lo tanto, en el devenir del personaje y en la novela.

Y en cuanto a la referencia sobre la crítica cervantina noventayochista, Ledesma establece una simplificación de la elaboración crítico-teórica de los escritores de esta etapa con respecto al *Quijote*. Ya veremos cómo Maeztu pone en relación la obra cervantina y el desastre del 98 desde el punto de vista de la grandeza y el ideal, la fe, que don Quijote representa y que el pueblo español del momento necesita. No lo reduce a una cuestión política como aquí da a entender Ledesma.

Ledesma presenta la figura de don Quijote desde el principio, desde el momento en que este decide prepararse para ser un caballero andante, y titula este primer capítulo “La locura de don Quijote”. Lo define como el “Hombre Único” (Ledesma 53), un hombre disciplinado, poco orgulloso, que reconoce fuerzas superiores a sí mismo, e ingenuo, puesto que pretende que todos reconozcan la superioridad del Gran Espíritu. Y otra de sus grandes características es que don Quijote es un hombre feliz (idea que Ledesma expone en el capítulo III “La dicha de don Quijote”). Y la razón es que es un hombre que actúa siempre, que solamente piensa en el placer del propio *realizar*. Es dueño de su ambiente. Su *ser* se apodera del medio que le rodea. Es, por lo tanto, símbolo del hombre que ama fervientemente sus actos.

Para exaltar esta posición, Ledesma lo compara a su compañero Sancho. Este es un simple, que espera conseguir algo por el esfuerzo de los otros. Es un inculto, está ciego, no comprende lo que le rodea, no considera a don Quijote cuerdo en ningún momento. Y para Ledesma este tipo de personaje, los sanchos, triunfan en su tiempo en el campo de la literatura: son esos jóvenes literatos que comienzan con la novela pornográfica, que llegan al mundo del arte y la literatura con la intención de ganar dinero. Para Ledesma son despreciables y para él deberían tener prohibida la entrada en la República de las letras.

La historia de la princesa Micomicona sirve a Ledesma para hablar de los choques de don Quijote con la realidad, que siempre explica por la vía del encantamiento (capítulo V. “Don Quijote y un canónigo”). Y uno de estos choques lo constituye su charla con un canónigo con el cual es imposible que se entienda, puesto que el primero cree al segundo un pobre cuerdo y, al revés, lo considera un pobre loco.

Analiza varios de los personajes del *Quijote* en el siguiente capítulo (VI “Los enemigos de don Quijote”). Para Ledesma existen dos clases de enemigos: el error de los hombres que pretenden acabar con su locura (Barbero, cura, Sansón Carrasco); y la realidad de nuestro mundo, que lucha contra don Quijote continua e inconscientemente. Todos hacen que la realidad sea hostil a don Quijote. A Sancho Panza no lo sitúa en

---

<sup>1</sup> La bibliografía a apuntar en este sentido sería ingente, así que me voy a referir solamente a modo de ejemplo al artículo de Mañas Martínez citado en la bibliografía final. Mañas estudia las variaciones, por razones ideológicas, llevadas a cabo en el texto del *Quijote* para una adaptación al cine español de Rafael Gil en la posguerra.

ninguno de estos dos grupos, es incatalogable, y pertenece a ambos pero nunca a la vez. Es su mayor enemigo, es ruin y cobarde.

Frente a las personas que rodean a don Quijote, este se presenta como un fracasado, en el sentido de que no renunció a su carácter y por ello no generó un grupo de hombres a los que contagiar sus convicciones. Este fracaso de don Quijote se considerará en el siglo XX como el primer triunfo de los nuevos ideales. Esta idea de Ledesma acerca del *Quijote* la liga a la ideología del momento diciendo que “Ya se ha dicho en Alemania que de este caos de decadencias lograrán salvarse las individualidades puras, aquellos que nada deben a nadie” (Ledesma 92). Late en estas palabras la soberbia y el orgullo de una raza superior.

Dedica Ledesma un capítulo íntegro a la figura de Sansón Carrasco (VII “Sansón Carrasco”) y lo define como el “símbolo de la equivocación poderosa” (Ledesma 95), “la antítesis de don Quijote” (Ledesma 95). Es un alma cobarde que vive encerrada en su equívoco, aunque es consciente de ello. Derrota a don Quijote, pero nunca triunfa su personalidad sobre él.

Y un episodio concreto centra la atención de Ledesma: la cueva de Montesinos (capítulo VIII). Este espacio es el mundo de la metáfora para don Quijote, el espacio que puede conquistar. Solamente si renuncia a ser don Quijote, sus acciones no parecerán locuras a los hombres; pero si lo hace, morirá, porque don Quijote es Espíritu a secas. Sus reflexiones acerca del *Quijote* le llevan a concluir que el siglo XX comprenderá mejor este libro, porque su generación intelectual es impetuosa y romperá la decadencia en la que está sumido el país. El *Quijote* volverá a entenderse como la obra genial que fue en su concepción, no será vista a través del romanticismo o el positivismo. El lector será un lector inteligente al que hay que hacer meditar. En esta reflexión surge de nuevo la soberbia intelectual ledesmiana, puesto que discute el grado de inteligencia del lector que él mismo medirá previamente “porque bien pudiera ser un reflejo o una máscara” (Ledesma 107).

En “La comparsa de la duquería” (capítulo X), Ledesma considera que en los episodios con los duques, don Quijote “se embriagó de metáfora [...] y agotó, por así decirlo, el vigor de sus fantasías” (Ledesma 114), y le sirve al autor para criticar a la nobleza de sangre por inútil y pomposa. Introduce Ledesma entonces un nuevo capítulo en el que elabora una “Reivindicación de Cervantes” con las siguientes palabras:

Yo, en todo este libro, no me he ocupado ni un sólo momento del Quijote, novela. He querido sumergirme y penetrar en el alma de don Quijote como un escudriñador curioso a quien atraen pasionalmente los rasgos que se desprenden de las almas originales y grandes. (Ledesma 121)

Y añade que considera a Cervantes un gran hombre pero que la criatura que ha creado le ha superado completamente. Dice:

El espíritu de don Quijote es inmortal, y será inmortal siempre aunque nadie recuerde su existencia. No sucede así con Cervantes. La inmortalidad de Cervantes han de procurársela los hombres, y tacharíamos de salvaje y mediocre a una generación que no lo venere, respete y admire como al creador de una cosa que a todos nos ha hecho hormigas, mejor dicho, nos ha dejado tal como somos, pero obligándonos a percibir entre las brumas bailoteos inmensos. (Ledesma 125)

Tras este atisbo poético, Ledesma entona un listado de glorias a Cervantes por diferentes motivos: por creador, por humilde, ingenuo y puro. Pero prefiere que no existan Cervantes en la intelectualidad futura, puesto que, para Ledesma, la actualidad no pide humildes, sino intelectuales de minorías. Estas ideas reflejan claramente su ideología política. Sin embargo, Maeztu cuando se refiera a Cervantes en su ensayo hablará de su vida y realizará un breve estudio literario acerca de toda su obra.

Y llega Ledesma al final del Hombre Único que es don Quijote (capítulo XII “Don Quijote, vencido”). Comenta la aventura en Barcelona y sus personajes: don Antonio, Sansón Carrasco, etc. Y el final ha de ser la muerte, porque don Quijote solamente tiene un punto débil: su envoltura carnal; la cual es mortal. Muere Alonso Quijano, pero don Quijote desaparece cuando le vence Sansón Carrasco, no muere porque es inmortal. Es Espíritu. Don Quijote conquistó a Alonso Quijano con su locura, definida por Ledesma como “fantasía, quimera, excentricidad” (Ledesma 131), y pretendía desde él conquistar a los hombres para hacer de ellos dos clases: la superior, compuesta de quijotes o caballeros andantes; y los individuos que creyeron en la existencia de los quijotes, reverenciándoles como superiores. De nuevo estas ideas son hijas del tiempo de Ledesma y de su ideología, en consonancia con las corrientes europeas del momento.

Y otro capítulo dedica Ledesma a “La bondad de don Quijote” (capítulo XIII), a esa bondad final que le envuelve, porque ya ha dejado de ser don Quijote para ser Alonso Quijano el Bueno y para Ledesma la bondad es “una de las manifestaciones de la debilidad del hombre” (Ledesma 138). Así que lo único que al final mantienen en común don Quijote y Alonso Quijano es la fidelidad al Gran Espíritu, esto es, a Dulcinea, ente superior a todas las cosas. Pero Ledesma sigue empeñado en no reconocer en esta fidelidad, la fidelidad amorosa, una fuerza que mantiene su fe en los ideales más nobles.

Un elemento muy interesante del libro de Ledesma lo constituyen los cuatro diálogos entre el propio autor y Cervantes, que podría haber situado seguidos o en otros puestos de intercalación, ya que no guardan especial relación con los capítulos entre los que se encuentra cada uno. Tratará Ledesma con Cervantes de los personajes del segundo, de la crítica quijotesca y, con poca humildad, del libro que ha escrito. En el primero de ellos (capítulo II) Ledesma se sitúa en el punto de vista de Cervantes y ambos se ponen a observar y escuchar a los personajes Sancho y Quijote en la segunda salida y frente a los molinos. Ledesma le comenta a Cervantes que él cree que con el paso de los siglos don Quijote se ha engrandecido y Cervantes empequeñecido a su lado. En el segundo diálogo (capítulo IV) ambos caminan en pos de don Quijote y hablan acerca de la crítica quijotesca. Cervantes insiste en que solamente escribió el *Quijote* como crítica a los libros de caballerías, pero Ledesma hace un alegato de la moral de don Quijote y su autor lo mira risueño y afirma que le busca tres pies al gato. Observan juntos la escena de Quijote y Sancho con los cautivos que van a galeras. Ledesma aprovecha para alabar la filosofía por encima de la literatura; aunque las novelas son geniales, no así las obras de filosofía. En el tercer diálogo (capítulo IX) Cervantes insiste en que su personaje es un muñeco al que admirar y del que reírse, y le parecen bobadas lo que la crítica dice de su libro. Sin embargo, Ledesma pretende desconcertar a Cervantes y hacerle ver que siente simpatía por Alonso Quijano, no por don Quijote. Insiste en la interpretación más profunda del *Quijote* y en que la figura del

personaje se agranda, mientras que la del escritor no.<sup>2</sup> Y en el último diálogo (capítulo XIV, capítulo final) Ledesma le pide opinión a Cervantes acerca del libro que Ledesma ha escrito, este libro que ahora se analiza.

Cervantes lo define como hijo del siglo XX y aprovecha para criticarlo como mal siglo, al que augura grandes catástrofes. Ledesma insiste en la ingenuidad áurea de Cervantes que ya no casa con el siglo actual. Habla de la superioridad intelectual, del que sabe y quiere saber más, y elabora una clasificación de los hombres: quijotes y dos clases de sanchos (los de sus aldeas que se conforman y los que anhelan su propia eternidad). Además desarrolla el concepto del *sanchopancismo*: aquel que no sabe y le da igual. Cervantes insiste en que él simplemente escribió su personaje y lo dio al mundo. Entonces Ledesma se da cuenta que Cervantes no ha entendido nada de lo que él quería decirle y “que este libro te parece una majadería y yo un solemne pedante” (Ledesma 152). Cervantes le dice que él no piensa esto del libro, solamente que no le importan nada los diferentes criterios que el mundo pueda tener del *Quijote*. Entonces Ledesma se despide de él diciéndole unas palabras no exentas de soberbia:

No puedo dedicar más tiempo a hablar contigo. Son meditaciones ingentes las que me llaman. Son grandes libros los que esperan mi lectura ávida. Adiós. (Ledesma 153)

Sin embargo, Cervantes le desea un gran futuro literario y se despide con afecto, dándole un beso en la frente. Ledesma agita un pañuelo.

En el último apartado titulado “Cosas liminares” reflexiona acerca de la recepción de su libro. Y vuelve a hacerlo con soberbia puesto que no le importa que haya gustado al lector, le importa haberlo escrito. Menciona también la agresividad que existe en su libro, ya que Ledesma siente que su primer deber es agredir. Pero para Ledesma lo más importante es lo que ocurre en su interior, su pensamiento, y dice “Fuera de nosotros, nada existe” (Ledesma 156). Lo que hay son mitos, y uno de ellos es la religión. Abomina de todos ellos, propugna su destrucción para alcanzar la verdad. Cree Ledesma que no existen relaciones entre el alma y el cuerpo; sólo son cosas de religión. No comprende la existencia de tantos filósofos y denosta la psicología. Por encima de todo pondera el placer de saber, más que el alcanzar ese saber. El que anhela la cultura es para Ledesma un espíritu superior, lo que llama “el alma individualista”. Comprende la necesidad de la fusión entre lo instintivo y lo cultural; pero entiende que estas son ansias completamente distintas. Y afirma: “Yo digo: Es preciso que nadie me entienda para que yo sea lo que quiero ser” (Ledesma 161). Este arranque de elitismo define perfectamente la personalidad de Ledesma que se desvela a lo largo del libro.

Siente Ledesma que el racionalismo ha fracasado frente al ímpetu vital. Porque para vivir, no es necesario pensar, esto es, producir pensamiento, no es necesaria la cultura en cuanto que producción de ideas. Finalmente asegura que pretende “afirmar, frente a la época, mi posición ideológica” (Ledesma 171). Y termina con estas palabras:

---

<sup>2</sup> Aquí insiste Ledesma Ramos en una idea repetida posteriormente por Unamuno en la tercera edición de su *Vida de don Quijote y Sancho* en 1928: “Fue Cervantes el que leyó mal y [...] mi interpretación, y no la suya, es fiel”; y por Tomás Borrás en el *Antiquijote* (1940): “Don Quijote tenía razón y no Cervantes” (Russo 270-271).

Todo el pensamiento moderno –y el futuro- ha de girar sobre una palabra: DISTANCIACIÓN. Después de esto, vendrán los mundos íntimos, y, como dije antes, la socialización de las fisiologías. (Ledesma 171)

El individualismo, el elitismo, la superioridad del espíritu intelectual y racional, ideas en las que Ledesma cree y propugna, no parece que tengan nada que ver con el *Quijote* y sí con su ideología, que será propia de su tiempo y el tiempo posterior a él en España.

Por el contrario, el ensayo de Ramiro de Maeztu se sustenta en análisis literarios y en sentimientos. Parte de las conmemoraciones del centenario de la I Parte del *Quijote* en 1905. En esta ocasión Maeztu llamó “decadente” al *Quijote* y “apoteosis de nuestra decadencia” a los festejos que se celebraron. Es consciente de que esta afirmación generó polémica y ahora explica que el término define el momento vital de la obra literaria y del autor. Y la decadencia se relaciona con la melancolía, la que sienten un hombre y un pueblo al desengañarse de su ideal.

Para leer el *Quijote* propone: “No busquemos interpretaciones esotéricas; leámoslo con humildad y sencillez” (Maeztu 23). Es una parodia del espíritu caballeresco y aventurero y cree que Cervantes se indignará contra los que como él mismo:

Leemos en su ingenioso, pero descabalado hidalgo, el símbolo de la monarquía católica de España, divina caballería en lucha contra el tiempo y contra el mundo, para imponerle la fe en un ideal pasado. (Maeztu 25)

Maeztu elabora, en estas palabras, una referencia consciente de su propia interpretación sesgada por la ideología de su tiempo (Cuiñas 271-172). Al exponer sus ideas Maeztu cita a autoridades intelectuales como Juan Valera, Oliveira Martins, Azorín o Menéndez Pelayo.

Cree Maeztu que el crítico cervantino y el lector deben situar el *Quijote* en su perspectiva, la del siglo XVII: la de la épica y la grandeza, la de la sugestión de desengaño y la del desencanto por el final de la epopeya peninsular.

En la línea de apoyarse en y comentar la crítica cervantina, dedica Maeztu el siguiente capítulo al estudio comparativo que Turgeniev escribió sobre el *Quijote* y *Hamlet*. Se centra en las emociones que ambos personajes universales suscitan: don Quijote es símbolo de la fe, un idealista que obra, y su vena cómica invita al lector al reposo; mientras Hamlet es símbolo de la duda, piensa y analiza, y dispone al que lo observa a la acción, precisamente por su falta de ella. Y destaca Maeztu el amor como sentimiento soberano que rige el mundo; aunque don Quijote y Hamlet serían lo que son sin Dulcinea y Ofelia, pero ellas y sus sentimientos por ellas son importantes en sus vidas. Todo lo contrario de las ideas de Ledesma acerca de la mujer en el *Quijote*, ya que elimina de su análisis las referencias a Dulcinea y al amor, parece que le estorba la mujer y el sentimiento amoroso.

Maeztu pone en igualdad de condiciones a Cervantes y el personaje creado por él (III “La vida de Cervantes”), en cuanto hombres desengañados por un mundo que no resulta ser como lo habían imaginado. Aprovecha este apartado para introducir una breve biografía de Cervantes y una valoración filológica del total de su obra.

Y si don Quijote se identifica con Cervantes, este se identifica con la España de su tiempo: una España agotada, desengañada (IV “La España de Cervantes”). Elaboro un certero e interesante análisis de la historia de España en el momento del nacimiento



del *Quijote* y pone en relación esta obra y *Os Lusíadas*, obra cumbre lusa, estableciendo la conexión entre ambas literaturas y culturas.

Para la concepción de don Quijote (capítulo V) Cervantes aúna acción y palabra y conforma un personaje que tiene características de su juventud intrépida y soñadora y características de su vejez, achacosa y desencantada. Con la creación de don Quijote Cervantes muestra que se acomoda a su mundo y no trata de cambiarlo.

Una penúltima mención de Maeztu a los críticos del *Quijote* (capítulo VI) le lleva a recorrer la etapa romántica en los nombres de Turgeniev, Heine, Barbey d'Aurevilly, Byron; y la crítica española, con su doble tendencia de la interpretación trascendente e intrascendente del *Quijote*. Cita a Vicente de los Ríos, Menéndez Pelayo, Juan Valera y Manuel de la Revilla, para concluir que el sentido esotérico del *Quijote* está en la vida de Cervantes, que fue simbólica de la magnificencia de nuestro siglo XVI.

Pero para cerrar su ensayo, Maeztu escoge el tema favorito de sus reflexiones intelectuales: España. Esta vez en relación al *Quijote*. Comienza por referirse a la pérdida de los restos del imperio colonial español en 1898. Para él se cometieron dos errores: el primero fue no hacer nada, no prevenir los conflictos; y el segundo error, pedir a los españoles no ser ni quijotes ni cides. Si Cervantes escribió el *Quijote* para consolarse de su vida y su tiempo, Maeztu opina que ser quijotes en el 98 ayudaría a consolar al español. Por eso, en ese momento (1905) llamó decadente al *Quijote*, idea que Ramón y Cajal secundó diciendo que el *Quijote* es el “poema de la resignación y la desesperanza” por causa de su época.

Maeztu piensa que su tiempo necesita “volver a sentir un ideal”, tener iniciativa histórica, la cual se perdió en el siglo XVII. Así pone en relación el tiempo histórico de Cervantes, el siglo XVII, con la etapa del 98. Y termina su ensayo cervantino afirmando que don Quijote es prototipo del amor, del amor cósmico (que es su expresión más elevada), el amor que mueve el sol y las estrellas. Pero para ello hace falta fuerza y esta vendrá de la verdad, de ver las cosas como son, de ser realistas. Y esto es un deber, mientras que la alucinación, la ilusión, es un pecado.

Resulta evidente al realizar este análisis que el ensayo elaborado por Maeztu es un ensayo de tipo literario, crítico, filológico, con fundamento de intelectual analítico, plagado de sentimientos (amor, melancolía, decadencia, etc.) y expresado en una prosa magnífica. Frente a este, el que Ledesma escribe en su juventud está plagado de ideas políticas, de razonamientos filosóficos, elaborados en una prosa farragosa y carente incluso de la ampulosidad, del empaque que solía acompañar a los discursos políticos del momento. Este es un ensayo mucho más alejado del crítico y del lector cervantino que el de Maeztu, quien trata sobre la obra literaria *Quijote*. Y no es por causa del tiempo transcurrido, ni de la etapa histórica lejana del momento que la vio nacer, sino de la falta de profundidad en el análisis literario y filológico. Su hondura se sitúa en el lastre de una ideología que nada tiene que ver con el *Quijote*, pero que él se empeña en relacionar para atraer hacia su causa la mejor novela de la historia de España. Transgrede, por lo tanto, el sentido literario en aras de su ideología política. Así, estos intelectuales, ambos amantes de su patria, España, analizan de manera muy diferente su gran novela, porque lo hacen desde presupuestos muy distintos.

**Obras citadas**

- Aguirre Prado, Luis. *Ramiro de Maeztu*. Madrid: Publicaciones Españolas, 1976.
- Cuiñas Gómez, Macarena. "Ramiro de Maeztu, Carlos Fuentes: dos momentos de la cultura hispánica ante el *Quijote*". *Anales cervantinos* 34 (1998): 269-277.
- Gallego, Ferrán. *Ramiro Ledesma y el fascismo español*. Madrid: Editorial Síntesis, 2005.
- Inman Fox, E. "Las ideas literarias del joven Maeztu". En Francisco Rico ed. *Historia y crítica de la literatura española. Modernismo y 98*. Barcelona: Crítica, 1980. VI, 31-36.
- Ledesma Ramos, Ramiro. *El Quijote y nuestro tiempo*. Madrid: Vassallo de Mumbert editor, 1971.
- Lezra, Jacques. "Filología y Falange." En Georgina Dopico Black y Francisco Layna Ranz eds. *USA Cervantes. 39 cervantistas en Estados Unidos*. Madrid: Polifemo, 2009. 761-97.
- Maeztu, Ramiro de. *Don Quijote o el amor en Don Quijote, don Juan y la Celestina. Ensayos en simpatía*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1938.
- Mañas Martínez, María del Mar. "Don Quijote de la Mancha, de Rafael Gil: una adaptación literaria del cine español en las conmemoraciones cervantinas de 1947". *Anales cervantinos* 38 (2006): 67-93.
- Montero Díaz, Santiago. *Ramiro Ledesma Ramos*. México: Último Reducto, 1999.
- Ramsden, Herbert. "El problema de España." En Francisco Rico ed. *Historia y crítica de la literatura española. Modernismo y 98*. Barcelona: Crítica, 1980. VI, 20-26.
- Russo, Antonella. "Entre el canon y el quiosco. *El Antiquijote* de Tomás Borrás". Carlos Mata Induráin ed. *Recreaciones quijotescas y cervantinas en la narrativa*. Pamplona: EUNSA, 2013. 263-72.